

EL CHOQUE DE LOS ESTADOS NACIONALES CONTRA LA GLOBALIZACIÓN

Jesús ANLEN LÓPEZ

SUMARIO: I. *Introducción*. II. *Vicisitudes en la vida del poder estatal*. III. *Breve siglo*. IV. *Las megatendencias*. V. *El fin de la historia*. VI. *El choque de civilizaciones*. VII. *Resurgimiento religioso y fundamentalismo*.

I. INTRODUCCIÓN

El 11 de septiembre de 2001 dio un inesperado giro la historia de la humanidad: las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono, símbolos del poderío económico y militar y del liderazgo mundial de Estados Unidos, sufrieron un inesperado y terrible ataque; las torres desaparecieron entre cenizas y el centro militar mundial resultó seriamente dañado tanto física como políticamente.

Las interpretaciones de tal suceso se han encaminado a mencionar que ese hito histórico marca el fin del siglo XX y el inicio del siglo XXI aun cuando algunos estudiosos señalan que el fin del siglo XX fue la caída del Muro de Berlín en 1989 o la disolución de la Unión Soviética dos años después.

También hay quien afirma que el principio de una nueva era sería el 1o. de enero de 2002 con el inicio de la circulación del Euro en la Unión Europea, por las repercusiones comerciales, económicas y políticas que implica el uso de una moneda generalizada.

Como consecuencia de los atentados mencionados al principio, el gobierno de Estados Unidos inició una guerra contra el terrorismo y junto con Gran Bretaña atacaron Afganistán e Irak para tomar prisioneros a quienes

se suponía eran los autores de los ataques referidos. Las citadas guerras llevaron meses; las instalaciones civiles y militares de estos países fueron destruidas, la población civil sufrió miles de bajas, sus economías fueron seriamente dañadas; sin embargo, el objetivo no se ha alcanzó, aun cuando los gobiernos que los defendían fueron derrocados.

Otro hecho que conmovió a la comunidad internacional fue la quiebra económica de Argentina, país donde en un periodo de trece días se nombraron cinco presidentes de la República en medio de un caos político y estallidos sociales en que las masas hambrientas asaltaron almacenes y transportes de comestibles y comercios en general.

Estos acontecimientos estremecieron a la humanidad entera; las torres humeantes atacadas por aviones de pasajeros convertidos en eficaces proyectiles aparecieron en la televisión de los hogares de todo el mundo; los argentinos enardecidos y hambrientos efectuaron ataques famélicos bajo la mirada sorprendida de miles de millones de televidentes.

Los sucesos mencionados han tenido una inmediata y generalizada repercusión mundial dada la globalización y la simultaneidad de los medios de comunicación. Los Estados nacionales de todo el mundo han resentido la situación de guerra en que entró Estados Unidos; a consecuencia de ello la recesión económica norteamericana ha repercutido en las economías de todas las naciones y con mayor razón en la de México cuyo comercio exterior depende de aquel país en un 90%.

El poder público, los Estados nacionales están siendo sometidos a una serie de presiones e influencias cuyos resultados son muy diversos: cambio de gobiernos, fusión de naciones, desaparición de otras y, por ende, cambios en la estructura y procedimientos del poder público; tal es el propósito de estas reflexiones y, si es posible, atisbar lo que pudiera suceder a México en un futuro, con base en algunos discernimientos sobre la actualidad.

Considerado al Estado como una organización jurídica de una sociedad bajo un poder de dominación que se ejerce en determinado territorio, de acuerdo con George Jellinek y siendo un poder de dominación, o poder público, tiene una autolimitación en la necesidad de ser poder jurídico, es decir, un poder cuyo ejercicio se haya normativamente regulado; Hermann Heller adiciona: "Sólo goza de autoridad aquel poder del Estado a quien se le reconoce que su poder está autorizado y su autoridad se basa únicamente en su legalidad en tanto ésta se funda en la legitimidad"; el poder estatal es pues un poder jurídicamente organizado, y viene a ser la suprema ambición

de todos los partidos políticos para la realización de sus principios y programas.¹

La característica distintiva del Estado moderno es la soberanía, reconocida tanto al interior del mismo, como por parte de los demás de suerte que su presencia y autoridad gubernativa es suprema formando con los demás Estados la comunidad internacional.

II. VICISITUDES EN LA VIDA DEL PODER ESTATAL

El cuestionamiento sobre los avatares del poder político es vigente ahora, como lo ha sido siempre; para constatar estas aseveraciones basta recordar cómo han surgido nuevos Estados en África, en la ex Unión Soviética, en la ex Yugoslavia y en la ex Checoslovaquia. Fusiones, desmembramientos, revoluciones, resistencias pacíficas, extinción de algunos Estados, etcétera, son los fenómenos sociales del cambiante poder político que se producen en la comunidad internacional; la prospectiva lleva a múltiples escenarios que parecen indicar nuevas formas de entendimiento del Estado nacional, nuevas figuras, nuevas estructuras, a las que trataremos de asomarnos.

III. BREVE SIGLO

Analistas de muy diversas corrientes de pensamiento, preocupados por el futuro se han cuestionado acerca del rumbo que tomará la humanidad; Jürgen Habermas, propone en 1997 el título *Nuestro breve siglo*, en el que, refiriéndose al nuevo milenio, habla de “Continuidades poderosas” de la humanidad que no tienen nada que ver con el conteo formal del tiempo; afirma: “Los cortes del calendario ocultan la continuidad de las tendencias —que vienen de muy atrás— de una modernidad social, que pasarán intocadas el umbral del siglo XXI”;² para fundamentar sus palabras manifiesta que hay tendencias de larga duración que han recorrido el siglo XX, como

¹ Anlén López, Jesús, *Origen y evolución de los partidos políticos en México*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1973, p. 27.

² Habermas, Jürgen, *Nuestro breve siglo*, ensayo, nota y trad. de José María Pérez Gay, consultado en <http://usuarios.lycos.es/politiconet/autores/haber1.pdf>, septiembre de 2006, p. 1.

a) el desarrollo demográfico, b) los cambios en el mundo del trabajo, c) el currículum del progreso científico y técnico.

Sobre el primer punto dice que como consecuencia del progreso en la medicina ha habido un notable desarrollo demográfico que podría llamarse explosivo en “el Tercer Mundo”, no así en las “sociedades prósperas”. Habla de las grandes masas que se movieron durante la primera mitad del siglo veinte, las cuales se desvanecieron como tales para convertirse en “público disperso” de los medios masivos de comunicación, de suerte que las masas reunidas en las plazas y calles citadinas son ya un anacronismo porque éstas han sido avasalladas por la televisión. También se refiere a la productividad, incrementada sensiblemente a partir de la revolución industrial; del desplazamiento de la sociedad rural hacia lo urbano para engrosar las filas de los trabajadores dedicados a las actividades de transformación, del comercio y los servicios, y menciona un “cuarto sector productivo: el del conocimiento, que domina muchas actividades y sectores como las industrias *high-tec*, los bancos, la administración pública, que se nutren de los avances en los sistemas de informática”.³ El campo ha sido abandonado, “más del 40 % de la población mundial vive en las ciudades (en México el 75% de la población ya es urbana) y este proceso de metropolización destruye a la ciudad misma”,⁴ pues las ciudades de antaño se han desbordado para convertirse en una realidad “que no entendemos y cuyos conceptos nos faltan”.

Otra continuidad más es la “cadena que forma el proceso científico y técnico, y sus consecuencias sociales que avanzan a través de los siglos”,⁵ habla de los medios de transporte y de comunicación que han revolucionado la vida diaria, que han transformado nuestra conciencia moral; que vivimos en una sociedad en que todo experto se convierte en un lego frente a otros expertos debido a los grandes avances científicos y tecnológicos que nos abruman con sus novedades: “las distancias espacio-temporales ya no se superan, simplemente desaparecen sin dejar huella en la presencia ubicua de realidades virtuales”.⁶

Comenta que el siglo XX puede verse de diversas maneras: el rostro de un siglo va tomando forma por la irrupción de grandes acontecimientos por

³ *Ibidem*, p. 3.

⁴ *Iidem*.

⁵ *Ibidem*, p. 4.

⁶ *Ibidem*, p. 5.

lo cual habla de un largo siglo XIX que va de 1789 (Revolución francesa) a 1914 (Primera Guerra Mundial) frente a un breve siglo XX que inicia en 1914 y termina en 1989 (con la caída del Muro de Berlín).

En este periodo dice el autor que se pueden mirar tres grandes ejes: la economía de los sistemas sociales, la política de las superpotencias y el espacio cultural de las ideologías. De cualquier modo que se vea, se trata de alcanzar una interpretación del mundo.

Del siglo XX dice que probablemente de breve no tenga mucho pues “la violencia totalitaria —de ambos lados— de las naciones que hacen la guerra traspasa los límites del derecho internacional del mismo modo implacable en que la violencia terrorista de los partidos únicos dictatoriales neutralizan en el interior las garantías constitucionales”.⁷ La violencia desatada por ciertos seres humanos hizo muy largos algunos días de aquel periodo:

Este siglo produjo sin duda más víctimas, más soldados caídos, más ciudadanos asesinados, más civiles ejecutados y minorías expulsadas, más personas torturadas, violadas, hambrientas y congeladas, más prisioneros políticos y fugitivos de lo que nadie nunca habría imaginado. Los pueblos que participaron y fueron afectados necesitaron decenios para llegar a ser conscientes de la dimensión de ese terror que se advirtió primero de un modo insensible y apático.⁸

De esta suerte, el siglo XX tiene tres etapas: las dos guerras mundiales, la guerra fría y la continuidad de una guerra sistemática de los sistemas, los regímenes y las ideologías por más de 75 años; sin embargo destacan otras inclinaciones en el aspecto económico-cultural: la descolonización y la construcción del Estado de bienestar social en Europa que tuvo gran influencia en América y en casi todo el mundo.

El autor señala que al fin de siglo se advierte la resurrección de un neoliberalismo implacable, y concluye con los siguientes comentarios siniestros: “El corto siglo XX termina con problemas para los que nadie tiene una solución. Mientras los ciudadanos del fin de siglo se abrieron un camino a través de la niebla global rumbo al tercer milenio, sólo sabían con certeza que una época histórica llegaba a su fin. No sabían mucho más que esto”.⁹

⁷ *Ibidem*, p. 7.

⁸ *Ibidem*, p. 8.

⁹ *Ibidem*, p. 12.

Como resultado de estos grandes cambios el Estado de bienestar social, aquel que podía regular la vida social, política y económica; el que podía incidir en el crecimiento, la estabilidad de los precios y el empleo, se enfrentó a un cese en el auge del rendimiento, los sistemas de seguridad social comenzaron a tener problemas económicos, aumentó el desempleo y como consecuencia el Estado ha tenido que transformarse promoviendo la desregulación de los mercados, la reducción de subsidios, el favorecimiento de la inversión extranjera, modificación hacia una política monetaria antiinflacionaria, reducción de impuestos directos, privatización de empresas estatales, medidas que sin embargo no han rendido los frutos deseados; el ejemplo más cercano lo tenemos en Argentina, cuyo Estado transformado según el modelo dictado por los grandes organismos económicos internacionales, está en plena bancarrota y el Banco Mundial ha reconocido que se equivocó en sus recomendaciones. La conclusión de lo anterior es que el Estado, junto con la humanidad, está en permanente transformación.

IV. LAS MEGATENDENCIAS

Los problemas económicos y políticos ya no se pueden considerar localmente puesto que todo repercute en todo, por lo cual es preciso tener un punto de vista global de las cosas, es decir, una visión planetaria y considerar lo que Naisbitt-Burdene, con una visión parecida a la de Habermas pero con rasgos más precisos, se refiere a los momentos más evidentes de la sociedad humana en sus esferas más avanzadas, las cuales son denominadas por estos autores megatendencias, y dicen de ellas: “no vienen y van como si tal cosa. Los grandes cambios económicos, políticos y tecnológicos tardan en formarse, y una vez instalados, influyen en nosotros durante cierto tiempo, de 7 a 10 años, o más”.¹⁰

Para la década de los años ochenta se vislumbraron las 10 siguientes:¹¹

1. De sociedad industrial a sociedad de información;
2. De tecnología forzosa a alta tecnología;
3. De economía nacional a economía mundial;
4. Del corto plazo al largo plazo;

¹⁰ Naisbitt y Birdene, *Megatendencias 2000*, Bogotá, Norma, 1990, p. XII.

¹¹ *Ibidem*, p. XII.

5. De la centralización a la descentralización;
6. Del apoyo institucional a valerse por sí mismo;
7. De democracia representativa a democracia participante;
8. De jerarquías a cadenas de trabajo;
9. De norte a sur;
10. De la unicidad a la opción múltiple.

A más de 20 años de distancia vemos que la predicción fue acertada; muchas de sus consecuencias las vivimos en el pasado reciente y las seguimos padeciendo.

Para la década de los noventa, fueron señaladas 10 megatendencias diferentes:¹²

1. Bonanza mundial,
2. Renacimiento de las artes,
3. Aparición del socialismo de mercado libre,
4. Estilos de vida mundiales y nacionalismo cultural,
5. Privatización del Estado benefactor,
6. Auge de la Cuenca del Pacífico,
7. Liderazgo femenino,
8. Edad de la biología,
9. Renacimiento religioso,
10. Triunfo del individuo.

En el presente encontramos que tales previsiones vislumbradas con bastante antelación fueron una realidad a escala mundial, incluido nuestro país.

Al referirse al presente milenio los analistas citados opinan: “Los más sensacionales avances definitivos del siglo XXI no se los deberemos a la tecnología sino a un concepto más amplio de qué significa ser seres humanos”.¹³

La meta será la de manejar un concepto más amplio del ser humano, con su concomitante participación del individuo en las actividades del Estado. Los autores mencionan otras más para el siglo XXI: renacimiento espiri-

¹² *Ibidem*, p. XIII.

¹³ *Ibidem*, p. 297.

tual, crecimiento económico de la Cuenca del Pacífico; lucha contra el hambre, las drogas y las enfermedades incurables como el cáncer.

Para el llamado Tercer Mundo los rumbos son en el sentido de que se está formando un consenso de que la empresa pequeña y no la planificación central, es el camino a la prosperidad real.

El espectáculo de la ex Unión Soviética y China, que se orientan a mecanismos de mercado, servirá para acelerar el paso del Tercer Mundo, de un modelo marxista de desarrollo económico a un modelo empresarial sancionado y hasta copiado por las superpotencias comunistas. Esto vigorizará la búsqueda de autosuficiencia económica. En estos últimos años hemos podido observar cómo los países miembros de la otrora poderosa Unión han acudido al regionalismo, al nacionalismo cultural, al rescate de sus lenguas, usos y costumbres para formar naciones autóctonas, las cuales están tomando su lugar en las civilizaciones que históricamente les corresponden. Pese al desmembramiento mencionado, Rusia sigue siendo una potencia mundial; el islamismo y el cristianismo que permanecían oprimidos por el gobierno socialista central de la Unión han aflorado para pasar a formar parte de las corrientes históricas de donde provienen.

Otra orientación más para el tercer milenio será seguramente la preocupación y ocupación en la preservación del medio ambiente para que sea viable la permanencia de la especie humana; los autores citados dicen de manera optimista: “El acercamiento entre las superpotencias reduce el peligro de que un conflicto regional conduzca a una guerra mundial”,¹⁴ lo cual asegura la vida humana en el planeta y su organización o reorganización en nuevos Estados nacionales.

Otra predicción de estos analistas: “Al aproximarnos al nuevo siglo, seremos testigos de una integración entre América del Norte, Europa y el Japón para formar el triángulo de oro de la libertad de comercio”.¹⁵ Al hablar del “milenio chino” preveía que hasta el 2010 superaría a las economías japonesa y a la soviética, cosa que ya ha logrado hoy.

La realidad más evidente consiste en que en el siglo XX fuimos testigos del crecimiento de las empresas transnacionales; y desde la segunda mitad de este siglo muchas de ellas son mucho más ricas y poderosas que muchos Estados nacionales.

Una conclusión interesante de estos estudiosos consiste en que:

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ *Ibidem*, p. 166.

el auge del Oriente no significa la decadencia del Occidente y aducen las siguientes razones: el desarrollo económico del Pacífico crea nuevos mercados para productos y servicios del Occidente; los países asiáticos de la Cuenca del Pacífico desmantelan ya sus barreras arancelarias y abren sus puertas a los productos de Occidente, sin embargo, nuevamente hablan fervientemente de Oriente refiriéndose principalmente a Japón sin tomar en cuenta a la China. Aunque en un apartado hablan del milenio chino y de que “el gran gigante se desencadenó”.¹⁶

Finalmente concluyen que el comercio global se ha impulsado por la mejoría de las telecomunicaciones, de suerte que hay una alianza innegable entre la economía y las telecomunicaciones en las que la red Internet lleva la vanguardia.

Ante estas predicciones cumplidas y como resultado de los reajustes producidos en las nuevas relaciones comerciales y de comunicación, además de la influencia de unos países sobre otros, los Estados nacionales han sufrido cambios: el destino de un pueblo o de un puñado de etnias se ha decidido en sitios diversos a su territorio, generalmente en los centros de poder.

V. EL FIN DE LA HISTORIA

La teoría de las megatendencias nos ha hecho reflexionar sobre la dinámica de la convivencia del género humano contemporáneo, pero hay otros análisis que complementan esta teoría. En el análisis hecho por Naisbitt y Burdene se ha hablado de bloques de naciones, se ha hablado de Oriente, del Pacífico, de Occidente, de Asia Central, Medio Oriente, Norte y Sur, etcétera, estos bloques, de alguna manera se enfrentan o están enfrentados en conflictos de diversa índole.

Estos enfrentamientos son tan frecuentes y recurrentes que forman ya parte de la vida diaria internacional; ejemplos hay muchos. Francis Fukuyama comenta en su obra *Confianza (Trust)*:

A medida que nos aproximamos al siglo XXI se ha ido produciendo a nivel mundial una notable convergencia de instituciones políticas y económicas. A principios del presente siglo (XX), las sociedades del mundo estaban divididas por profundos abismos ideológicos. Monarquía, fascismo, democracia liberal y

¹⁶ *Ibidem*, p. 189.

comunismo, los cuales eran enconados contrincantes que se disputaban la supremacía política, mientras que los diferentes países optaban por los divergentes caminos económicos del proteccionismo, el corporativismo, el libre mercado y la planificación socialista centralizada.

Hoy en día, casi todos los países desarrollados han adoptado, o están tratando de adoptar formas institucionales de tipo democrático-liberal. Muchos de estos países se han ido desplazando, en forma simultánea, hacia una economía de mercado y una integración a la división del trabajo capitalista y global. Como dije en otra oportunidad: este movimiento constituye “el fin de la historia”, en el sentido marxista hegeliano que ve a la historia como una amplia evolución de las sociedades humanas en su avance hacia un objetivo final. A medida que se va desarrollando la tecnología moderna, ésta va modelando las economías nacionales en forma coherente, entrelazándolas en una vasta economía global. Al mismo tiempo, la creciente complejidad de la vida actual y la intensidad de la información que la caracteriza hacen que una planificación centralizada de la economía resulte extremadamente difícil. A su vez, la enorme prosperidad creada por el capitalismo, impulsada por la tecnología, funciona como incubadora de un régimen liberal con igualdad de derechos a nivel universal, en el cual culmina la lucha por el reconocimiento de la dignidad humana.

Esta convergencia de instituciones alrededor del modelo del capitalismo democrático, sin embargo, no ha puesto fin a los desafíos que enfrenta la sociedad. Ya no tenemos esperanzas realistas de poder crear una gran sociedad mediante abarcadores programas gubernamentales. Una próspera sociedad civil depende de los hábitos, las costumbres y el carácter distintivo de un grupo humano, todos ellos atributos que sólo pueden ser conformados de manera indirecta a través de la acción política ya que, básicamente, deben ser nutridos a través de la creciente conciencia y del respeto por la cultura. Más allá de los límites de una nación específica, este significado de cultura se extiende al área de la economía global y al orden internacional. Por cierto, una de las ironías de la convergencia de las grandes instituciones transnacionales desde la conclusión de la Guerra Fría es que los pueblos de todo el mundo parecieran estar tomando mayor conciencia de las diferencias culturales que los separan. En forma creciente, los países asiáticos van recalcando aquellos aspectos de su propia herencia cultural que consideran superiores, como el respeto por la autoridad, el énfasis en la educación y los valores familiares, destacándolos como fuente de vitalidad nacional.¹⁷

Este autor, demasiado optimista creía que al terminar la Guerra Fría se acabaría la tensión Este-Oeste, los Estados Unidos ya no tendrían oponente

¹⁷ Fukuyama, Francis, *Confianza (Trust)*, Madrid, Atlántida, 1996, pp. 21-23.

alguno, el capitalismo llevaría la felicidad y la democracia a todo el mundo y todos seríamos felices: sería el idílico fin de la historia. Pero pronto se dio cuenta de que tal fin era imposible.

VI. EL CHOQUE DE CIVILIZACIONES

El mismo Fukuyama en su tema “Situación del hombre en el fin de la historia” intuyó una nueva problemática que manifiestan actualmente algunos grupos humanos, sobre lo cual refiere: “El creciente prestigio de la cultura en el orden global es tal, que Samuel Huntington afirmó que el mundo está entrando en un periodo de choque civilizacional en el cual la identificación primaria del hombre no será ideológica, como durante la guerra fría, sino cultural”.¹⁸

Este fenómeno sociocultural, característico del siglo XXI, referido por Fukuyama de manera muy tangencial, es tratado con profundidad, por Samuel Huntington en su obra *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, y previene sobre un peligro para la humana especie.

Huntington dice:

La cultura tiene importancia, y la identidad cultural es lo que resulta más significativo para la mayoría de la gente. Las personas están descubriendo identidades nuevas, pero a menudo también viejas, y caminan resueltamente bajo banderas nuevas, pero con frecuencia también viejas, que conducen a guerras con enemigos nuevos, pero a menudo también viejos. Para los pueblos que buscan su identidad y reinventan la etnicidad, los enemigos son esenciales, y las enemistades potencialmente más peligrosas se darán a lo largo de las líneas de fractura existentes entre las principales civilizaciones del mundo.¹⁹

Dice que el mundo ya no es bipolar como durante la Guerra Fría, ahora es multipolar y multicivilizacional. Personas y naciones están intentando responder a la pregunta más básica que los seres humanos pueden afrontar: ¿Quiénes somos? El autor menciona:

¹⁸ *Ibidem*, p. 23.

¹⁹ Huntington, Samuel P., *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 1998, p. 22.

la gente se define desde el punto de vista de la genealogía, la religión, la lengua, la historia, los valores, costumbres e instituciones. Se identifican con grupos culturales: tribus, grupos étnicos, comunidades religiosas, naciones y, en el nivel más alto, civilizaciones. Los Estados-nación siguen siendo los actores principales en los asuntos mundiales.

Su conducta está determinada, como en el pasado, por la búsqueda de poder y riqueza, pero también por preferencias, coincidencias y diferencias culturales. Los agrupamientos más importantes son ahora las siete u ocho civilizaciones principales del mundo.²⁰

En un mapamundi muy significativo identifica nueve civilizaciones: Occidental (Canadá, Estados Unidos, Groenlandia, Europa Occidental y Australia). Latinoamérica que comprende desde México a la Patagonia. Africana, mitad sur de África. Islámica que comprende mitad norte de África, Asia Menor, la parte Este de África, y las Islas de los Mares del Sur. Sínica, que comprende gran parte de territorio chino. Hindú que se refiere a la península de la India. Ortodoxa que comprende Europa Oriental y Asia. Budista que comprende casi la mitad del territorio Chino. Japonés que incluye el archipiélago japonés.²¹

Estas civilizaciones —que por historia, lengua, religión, etnia y costumbres— forman bloques de países (excepto Japón, que es único), interactúan y su presencia en la superficie del planeta se hace sentir, pues sus fronteras son verdaderas líneas de choque, según la teoría expuesta.

Huntington asevera:

El espejismo de armonía producido al final de la guerra fría pronto se disipó con la multiplicación de los conflictos étnicos y la limpieza étnica, el quebrantamiento de la ley y el orden, la aparición de nuevos modelos de alianza y conflicto entre Estados, el resurgimiento de movimientos neocomunistas y neofascistas, la intensificación del fundamentalismo religioso, la incapacidad de las Naciones Unidas y los Estados Unidos para acabar con los sangrientos conflictos locales, el carácter cada vez más reafirmativo de una China en alza.²²

Samuel P. Huntington comenta que actualmente hay 184 Estados que conviven sobre la superficie de la tierra, con relaciones más o menos acep-

²⁰ *Ibidem*, p. 23.

²¹ *Ibidem*, p. 29.

²² *Ibidem*, p. 32.

tables y considera que éstos son y seguirán siendo las entidades dominantes en los asuntos mundiales, pero la interrogante es: ¿hasta cuándo? Pues los Estados se encuentran en un verdadero proceso de pérdida de soberanía, como ha sucedido a los miembros actuales de la Unión Europea, donde las fronteras se han vuelto sumamente permeables, existe una moneda única y el dinero va de un país a otro sin mayor restricción, vía Internet.

Al describir a cada una de las civilizaciones, cuando se refiere a Latinoamérica, menciona:

Latinoamérica ha seguido una vía de desarrollo bastante diferente de Europa y Norteamérica. Aunque es un vástago de la civilización europea, también incorpora, en grados diversos, elementos de las civilizaciones americanas indígenas, ausentes de Norteamérica y de Europa. Ha tenido una cultura corporativa y autoritaria que Europa tuvo en mucha menor medida y Norteamérica no tuvo en absoluto. Tanto Europa como Norteamérica sintieron los efectos de la Reforma y han combinado la cultura católica y la protestante. Históricamente Latinoamérica ha sido sólo católica, aunque esto puede estar cambiando. La civilización latinoamericana incorpora las culturas indígenas, que no existían en Europa, que fueron eficazmente aniquiladas en Norteamérica, y cuya importancia oscila entre dos extremos: México, América Central, Perú y Bolivia, por una parte, y Argentina y Chile, por la otra. La evolución política y el desarrollo económico latinoamericanos se han apartado claramente de los modelos predominantes en los países del Atlántico Norte. Subjetivamente, los mismos latinoamericanos están divididos a la hora de identificarse a sí mismos.

Unos dicen: somos parte de Occidente, otros afirman: tenemos nuestra cultura propia y única; y un vasto material bibliográfico producido por latinoamericanos y norteamericanos expone detalladamente sus diferencias culturales. Latinoamérica se podría considerar, o una subcivilización dentro de la Civilización Occidental, o una civilización aparte, íntimamente emparentada con Occidente y dividida en cuanto a su pertenencia a él.²³

La historia de Latinoamérica es una serie de encuentros y desencuentros; despojos, violencia, marginación, empobrecimiento, esclavitud, por lo cual el mismo Huntington reconoce:

Occidente conquistó al mundo, no por la superioridad de sus ideas, valores o religión (a los que se convirtieron pocos miembros de las otras civilizaciones),

²³ *Ibidem*, p. 51.

sino más bien por su superioridad en la aplicación de la violencia organizada. Los occidentales a menudo olvidan este hecho; los no occidentales nunca.²⁴

VII. RESURGIMIENTO RELIGIOSO Y FUNDAMENTALISMO

El autor señala que cristianismo, islamismo, judaísmo, hinduismo, budismo y ortodoxia experimentaron a partir de los años setenta y ochenta nuevas oleadas de adhesión, actualización y práctica por parte de personas que con anterioridad eran creyentes despreocupados. En todas ellas surgieron movimientos fundamentalistas empeñados en la purificación extremista de las doctrinas e instituciones religiosas. Los movimientos fundamentalistas son evidentes y pueden tener una influencia política: “La deslaicización del mundo es uno de los hechos sociales dominantes a finales del siglo XX”, afirmación de George Weigel, invocado por el autor, quien añade que los países comunistas, ateos, han experimentado un resurgimiento religioso: en la Rusia postsoviética (ortodoxia) las iglesias son los lugares más concurridos de las ciudades; el Islam se extiende sensiblemente por Asia Central.

Las razones que aduce para este regreso a la religión son variadas y de un peso étnico y psicológico rotundo:

La gente no sólo vive con la razón. No puede calcular y actuar racionalmente persiguiendo su propio interés hasta que define su yo.

La política de interés presupone la identidad. En tiempos de cambio social rápido, las identidades establecidas se disuelven, el yo tiene que definirse de nuevo y se deben crear nuevas identidades. Las cuestiones de identidad priman sobre las cuestiones de interés. La gente se enfrenta a la necesidad de dar una respuesta concreta a estas preguntas: ¿Quién soy yo? ¿A dónde pertenezco? La religión proporciona respuestas convincentes, y los grupos religiosos ofrecen pequeñas comunidades sociales que rempazan a aquellas otras perdidas durante la urbanización (en todo el mundo se ha dado el fenómeno de la migración del campo a la ciudad). Todas las religiones ofrecen a la gente un sentimiento de identidad y una dirección en la vida. En este proceso, además, vuelven a descubrir identidades históricas, o crean otras nuevas. Sean cuales sean las metas universalistas que puedan tener, las religiones dotan a la gente de identidad esta-

²⁴ *Ibidem*, p. 58.

bleciendo una distinción básica entre creyentes y no creyentes, entre un grupo exclusivista superior y un grupo exterior diferente e inferior.²⁵

En la Guerra Fría la pregunta era “¿de qué lado estás?” Ahora ha sido remplazada por otra mucho más fundamental: ¿quién eres? Cada Estado debe tener una respuesta, su identidad cultural, que define el lugar del Estado en la política global, sus amigos y sus enemigos. La gente ha estado preguntándose: ¿quiénes somos? (¿adónde pertenecemos? y ¿quién no es de los nuestros?²⁶

Menciona una lista de países que cuestionan en los años noventa su identidad nacional; México se encuentra en dicha lista (el detonante fue la aparición en escena nacional y mundial del EZLN y posteriormente otros grupos guerrilleros en Oaxaca y Guerrero). En el Este asiático, hogar de pueblos de seis civilizaciones diferentes, el rearme cobra impulso y las disputas territoriales empiezan a pasar a primer plano.

Las tres chinas menores y las colonias de chinos afincados en el sudeste asiático cada vez se orientan más hacia China Continental, establecen más tratos con ella y dependen más de ella. Las dos Coreas avanzan hacia la unificación. Las relaciones en los Estados del sudeste asiático entre musulmanes, por un lado, y chinos y cristianos, por el otro, se van haciendo cada vez más tensas y a veces más violentas.²⁷

El autor afirma:

En Latinoamérica, las integraciones económicas (Mercosur, Pacto Andino, Pacto Tripartito: México, Colombia, Venezuela; Mercado Común Centroamericano), adquieren una nueva vida, confirmando la idea, demostrada gráficamente por la Unión Europea, de que la integración económica va más rápido y más lejos cuando se basa en la coincidencia cultural. Al mismo tiempo, los Estados Unidos y Canadá intentan absorber a México en la zona de libre comercio norteamericana, en un proceso cuyo éxito a largo plazo depende en gran medida de la capacidad de México para definirse culturalmente, pasando de ser un país latinoamericano a uno norteamericano.²⁸

²⁵ *Ibidem*, p. 115.

²⁶ *Ibidem*, p. 148.

²⁷ *Ibidem*, p. 159.

²⁸ *Ibidem*, p. 162.

Pasar de una a otra civilización no es fácil; se requiere cumplir con ciertos requisitos:

La élite política y económica del país ha de ser en líneas generales, partidaria y entusiasta de dicho paso; la sociedad tiene que estar al menos dispuesta a consentir la redefinición de su identidad; los elementos dominantes en la civilización anfitriona han de estar dispuestos a acoger al converso. El proceso de redefinición de la identidad será prolongado, discontinuo y penoso, en el plano político, social, institucional y cultural. Además, de acuerdo con la experiencia histórica, fracasará.²⁹

El caso de México es muy significativo, el autor recuerda:

México tenía claramente una cultura no occidental. Incluso en el siglo XX —dice Octavio Paz— el núcleo de México es indio. Es no europeo. En el siglo XIX México fue desmembrado por manos occidentales: 1847 y 1862. En la segunda y tercera década del siglo XX México pasó por una revolución que estableció un nuevo fundamento de la identidad nacional y un nuevo sistema político unipartidista. La Revolución supuso la incorporación y adaptación de elementos de la cultura occidental, lo cual generó un nuevo nacionalismo opuesto al capitalismo y la democracia de Occidente. Así, durante 60 años México intentó definirse en oposición a Estados Unidos. De los 30 a los 80 los líderes de México siguieron políticas exteriores y económicas contrarias en muchas ocasiones a los intereses estadounidenses. En los años 80 esto cambió: se promovió el liberalismo económico, uno de los dos temas dominantes en el occidente de su tiempo. Estas opiniones eran ampliamente compartidas por la élites políticas y económicas, por muchos de cuyos miembros habían sido educados en los Estados Unidos. Se redujo espectacularmente la inflación, se privatizó gran número de empresas públicas, se fomentó la inversión extranjera, se redujeron los aranceles y las subvenciones, se reestructuró la deuda exterior, se atacó el poder de los sindicatos de trabajadores, se incrementó la productividad e introdujo a México en el Acuerdo de Libre Comercio Norteamericano (NAFTA) con los Estados Unidos y Canadá. Esta no era una elección inevitable para México. Cabía que las élites mexicanas se hubieran mantenido en la senda nacionalista proteccionista antinorteamericana del Tercer Mundo, senda que sus predecesores habían seguido durante la mayor parte del siglo. Alternativamente, como proponían con ahínco algunos mexicanos, podrían haber intentado crear

²⁹ *Ibidem*, p. 164.

con España, Portugal y los países sudamericanos una asociación ibérica de naciones.³⁰

¿Tendrá éxito México en su búsqueda norteamericana? Es la interrogante más difícil de contestar en este proceso de redefinición y reacomodamiento de las cavilaciones que el mundo actual está viviendo. Para contestar con cierta puntualidad a esta terrible interrogante es necesario considerar los orígenes del Estado mexicano y las posibilidades de redefinición a que pudiera apuntar.

El título del presente análisis se ratifica, ahora, al considerar los avatares que el Estado mexicano ha tenido a lo largo de su historia: siguiendo la ruta marcada por el maestro Héctor González Uribe en su libro *Teoría política*, encontramos que México procede de una “formación primaria”³¹ en razón de que inicialmente fue una Colonia de España, la cual mediante un movimiento de independencia, se hizo un Estado soberano pasando de un Estado *alieni iuris* a un Estado *sui iuris* en el contexto internacional.

Los orígenes del Estado mexicano son resumidos por la maestra Aurora Arnaiz en su libro *Ciencia del Estado*, al señalar:

En los siglos XV y XVI se descubre América y surge el Siglo de Oro de la nación española. Con el contacto de nuevas civilizaciones hay una fusión de cultura, razas y conocimientos. Europa da a América nada menos que el idioma (a través de España) y la religión; con el idioma y la cruz se incorpora el nuevo continente a la civilización cristiana de Occidente. Se produce, en esta fusión de culturas, de razas y de descubrimientos, un choque en la estructura y en la organización política medieval europea. Con el descubrimiento de América, la expansión geográfica, y el gran provecho de los metales como base del intercambio mercantilista, se modifica la estructura política de los poderes públicos, y surge el capitalismo, el mercantilismo y el intervencionismo de Estado al que se contraponen los actuales neocapitalismos fieles al añejo lema “deja hacer, deja pasar”.³²

El Estado mexicano, establecido bajo la inspiración de los ideales del Estado moderno, emerge al contexto internacional con el Acta de Independencia Mexicana del 28 de septiembre de 1821, la Acta Constitutiva de la

³⁰ *Ibidem*, p. 176.

³¹ González Uribe, Héctor, *Teoría política*, México, Porrúa, 1996, p. 412.

³² Arnaiz Amigo, Aurora, *Ciencia del Estado*, México, UNAM, 1996, p. 23.

Federación del 31 de enero de 1824 y la Constitución Federal de los Estados Unidos Mexicanos del 4 de octubre de 1824.

En estos documentos se cumple con los ideales de soberanía, federalismo del Estado mexicano, ser sujeto internacional, respeto a los Derechos del Hombre, representación política, democracia indirecta y constitucionalismo; libertad y axiología política, división de poderes y separación de la Iglesia y el Estado (este último anhelo se da formalmente hasta la Reforma Juarista).

Si bien es cierto que en los primeros documentos constitucionales mexicanos hay un compromiso con la fe católica y hasta una intolerancia religiosa, el Estado mexicano cumple debidamente con el ideal de separación del Estado y la Iglesia de manera práctica pues sus gobernantes fueron laicos desde siempre. La maestra Aurora Arnaiz menciona que el segundo fundamento del Estado moderno es la separación del Estado y la Iglesia:

recordemos que con el Tratado de Paz de Westfalia en 1648 los Estados europeos rompen con Roma, separan el poder temporal del eclesiástico, y estructuran el Estado moderno sobre la base recíproca de respeto y de igualdad. Se alejan los Estados de la jerarquía de sumisión al Papa como jefe del poder espiritual y temporal, y al desunirse ambos poderes aparece el estado moderno con una base de igualdad y respeto mutuo entre los Estados.³³

Como decíamos arriba, desde sus inicios como Estado independiente, México ha sido gobernado por laicos sin ninguna sumisión al poder eclesiástico y menos al Papa.

³³ *Ibidem*, p. 25.